



Granja de Rocamora, Alicante. Iglesia parroquial. Aquí, Rebeca fue bautizada, e hizo su primera comunión. Aquí se celebró su funeral.

Capilla del Sagrario, en la iglesia parroquial a la que Rebeca llevaba todos los años a sus niños de catequesis, para adorar a Jesús Eucaristía.

Rebeca Rocamora Nadal,

El 14 de marzo último, en la parroquia de San Pedro Apóstol de Granja de Rocamora, Alicante, el Obispo Diocesano, Don Rafael Palmero Ramos, abrió el Proceso de Beatificación y Canonización de una joven verdaderamente excepcional: Rebeca Rocamora Nadal. “Configurando su vida con los sentimientos de Cristo, a la sombra de su cruz, dejó extraordinario ejemplo de vida llena de juventud y hermosura, entregadas a Dios en su muerte, acaecida el 26 de mayo de 1996, con solo 20 años...”. Así reza la tarjeta-mensaje con ocasión del inicio de la causa de Beatificación.

Rebeca, conoció a Santa Gema, y ella le brindó una ayuda excepcional, en momentos difíciles. Rebeca y Gema, almas gemelas, distanciadas en el tiempo, pero coincidiendo en los mismos amores y sentires. Conocer, admirar e invocar a Rebeca producirá también frutos de bendición en muchas almas. Como los ha producido y seguirá produciendo innumerables, aquella joven de excepción que fue Gema Galgani.

RASGOS DE UNA VIDA

Trascribo la síntesis apretada de una vida por demás breve, 20 años, pero rica en contenidos, diseñada por su hermana Laura.

“Rebeca Rocamora nació en Granja de Rocamora, el 7 de septiembre de 1975. Rubia, de grandes ojos azules y mirada serena, desde sus primeros años destaca por su inocencia, vitalidad y alegría. Conoce muy temprano la en-

fermedad, que la acompañará durante toda su vida, sin perder nunca su hermosa sonrisa. Dentro del seno familiar, es iniciada en la fe, que irá desarrollando en la parroquia, con sencillez y entrega, sobre todo en la catequesis infantil, a la que dedicará todas sus energías.

Rebeca crece como una muchacha en la que lo ordinario: el estudio, la familia, los amigos, y lo trascendente, Dios, el apostolado, la Cruz, se conjugan con naturalidad, destacando su amor a los demás y olvido de sí misma.

Así, ante la aparición de una nueva e imprevisible enfermedad, su alma madura rápidamente, animando a todos y aceptando la prueba abrazada a la voluntad de Dios. En sus últimos días, las palabras a quienes le insistían en pedir la salud, eran siempre estas: “Es que el Señor bien sabe que, si me conviene, me la tiene que dar. Yo solo le pido que me aumente la fe”.

El domingo 26 de mayo de 1996, solemnidad de Pentecostés, muere, dejando un testimonio de vida llena de juventud y hermosura entregadas a Dios, a la edad de 20 años”.

PALABRAS-ELOGIO, DEL OBISPO DE ALCANTE, MONS. RAFAEL PALMERO RAMOS

Recién llegado a Alicante, desde Palencia, ya tuvo el privilegio de ser conocedor de Rebeca, y de prologar la primera biografía de ella que redactara su gran admiradora, además de hermana. Trascribo también el prólogo, redactado por Don Rafael por demás elocuente y



Pila bautismal, y objetos de devoción de Rebeca.

UNA JOVEN TODA DE DIOS

expresivo. Tendremos nueva oportunidad de volver sobre la vida y el testimonio de esta joven de hoy, prodigio de belleza, creyente fiel hasta el extremo, y de sonrisa encantadora.

“Rebeca, vivió una vida corta, en un entorno acogedor, humilde, sencillo. Fue fuerte en su enfermedad. Se abrazó muy pronto a la cruz de Jesucristo. Vivió comida a ella con una alegría humanamente inexplicable, pero contagiosa. ¿Se puede hacer mejor elogio de una joven de 20 años, segunda de cuatro hermanas, con tez blanca, cabellera rubia, grandes y expresivos ojos azules, a la que diagnostican, a sus 10 años, diabetes insípida e idiomática, con fuertes dolores de cabeza y parálisis parcial de un ojo? Nada de esto le hizo perder su sonrisa característica, siempre recordada por todos.

Su primer paso por la clínica madrileña Puerta de Hierro, la curación de su parálisis ocular —¿tuvo algo que ver en ello Santa Gema?— y la desaparición de un grave tumor con la ayuda e intercesión de la Virgen María, no le impidieron estudiar y ser catequista en su pueblo.

Con 14 años, en 1990, recibió el sacramento de la confirmación y dedicó tiempo a los niños de pre-comunión, fomentando en ellos, se ha comentado, la semilla de la fe y del amor a Dios y a los hermanos. Con palabras, pero sobre todo con el ejemplo, con su testimonio. El espíritu de servicio, la actitud de disponibilidad y la entrega generosa, en parte, de su pertenencia al Neocatecumenado Parroquial, que conoce.

Nada especial sigue advirtiéndose en ella cinco años más tarde. Sin embargo,

una nueva parálisis facial y una extraña enfermedad le asegura escasos días de vida.

A su regreso a casa, después de haber sido internada nuevamente en el centro médico, pide que nadie sufra a su alrededor, porque su fe en Dios es inquebrantable, y su adhesión a la voluntad divina, firme y duradera. Con palabras sencillas y con la sonrisa permanente en el rostro, evangeliza y cautiva, hasta hacer de su vida joven, en la fiesta de Pentecostés de 1996, una ofrenda bellísima a Dios Padre y a su Hijo, nuestro Salvador.

Pilares sólidos de esta construcción, confiesa su hermana Laura, fueron la Eucaristía, el Corazón de Jesús, la Santa Cruz y la Virgen María. Y añade, plenamente convencida: “En un mundo marcado por el pasotismo y la indiferencia, su ejemplo de amor desinteresado en lo que aparenta ser insignificante, su alegría en las grandes dificultades de la vida y la visión desde la óptica divina de cuanto sucede, se hacen cercanos a cualquier persona, especialmente a los jóvenes. Para todos, Rebeca sigue siendo una pequeña orientación iluminadora, un empuje, un aliento y un impulso a desear alcanzar el “alto grado” de la vida cristiana sin necesidad de hacer cosas extraordinarias, en la cotidianidad del día a día”.

Que la vida de Rebeca sea luz y estímulo para multitud de jóvenes, sedientos de luz, de calor y de vida.

❖ Miguel González, C.P.